

Y
EXPOSICIÓN NUMISMÁTICA



ORGANIZADA POR EL CÍRCULO FILATÉLICO
Y NUMISMÁTICO DE MÁLAGA

EL 29 DE ENERO AL 5 DE FEBRERO DE 1972

XXI
EXPOSICIÓN FILATÉLICA
Y
II EXPOSICIÓN
NUMISMÁTICA
DE MÁLAGA

CASA DEL CONSULADO

(Sociedad Económica de Amigos del País)

Horas de visita: De 7 a 9 de la noche

BAJO EL PATROCINIO DE LA
CAJA DE AHORROS PROVINCIAL DE MÁLAGA

Los Sellos de Franquicia Postal Militar de 1893

LA Dirección General de Correos y Telecomunicación ha hecho público ya el programa de emisiones para 1972. Entre ellas figura para el Día Mundial del Sello (16 de mayo), uno de 2 pesetas reproduciendo el de la Franquicia concedida al Ejército expedicionario enviado a Melilla en 1893, con el matasellos "Melilla (Málaga)".

Para algunos, esto viene a dar patente de legitimidad a unos sellos menospreciados y de bastardo origen; algo así como cuando la primera Reina Isabel de Inglaterra armó caballero al pirata Drake. No creo que haya motivos para rasgarse las vestiduras, mesarse las barbas y cubrirse de cenizas, pues no sería la primera vez que un villano se convierte en caballero y gentes y sellos andan por ahí, muy bien considerados, cuyos orígenes son mucho más discutibles. Dada la actualidad del tema y siendo Melilla la prolongación ultramarina de la provincia de Málaga, viene a cuento hacer aquí la historia de estos sellos y de las circunstancias que les dieron origen.

Todo empezó a fines de septiembre de 1893, cuando el general Margallo, Gobernador Militar de Melilla, decidió construir un fuerte en Sidi-Aguariach, para completar el cinturón defensivo que ya formaban los de Camellos, Rostrogordo, San Lorenzo, Cabrerizas Altas y Cabrerizas Bajas.

Resultó que en Sidi Aguariach había una mezquita y un cementerio a los que acudían cada viernes las mujeres indígenas de la región, y los moros notables visitaron a Margallo para rogarle que abandonase el proyecto y no llevase tropas a aquel lugar, pues si algún varón se acercaba por allí a fisgar los viernes "le sacarían los ojos". Contestó Margallo que él tenía órdenes superiores y que debían dirigir su petición al Gobierno de Madrid por intermedio de las autoridades cherifianas. Retiráronse disgustados los notables, prosiguieron las obras y, el 2 de octubre, cuando ciento cincuenta presidiarios custodiados por una compañía de soldados, trabajaban en ellas, fueron atacados y envueltos por una nube de airados rifeños. De tan apurada situación les salvó con trabajo el propio Margallo, que, poniéndose al frente de una pequeña columna, salió de la plaza, les liberó del cerco y, acosado por la morisma, pudo retirarse a Melilla, con muchos heridos y dejándose atrás una veintena de muertos.

En España se alzó una ola de indignación belicista y el Gobierno, tras muchas consultas y cabildeos, empujado por la opinión, decidió mandar tropas a Melilla.

El 21 de octubre embarcaron en Málaga los regimientos de Borbón y Extremadura, el batallón de Cazadores de Cuba y algunos pelotones armados con los nuevos fusiles Mauser.

Más seguro con estos refuerzos, el 26 de octubre, Margallo volvió a mandar obreros y soldados a Sidi Aguariach a levantar el fuerte. Los moros, que durante un mes habían estado concentrándose, cayeron sobre ellos como un alud y los generales Margallo y Ortega, que salieron con tropas de Fuerte Camellos a protegerlos, tuvieron que retirarse precipitadamente y encerrarse en el Fuerte de Cabrerizas Altas. En la mañana del 28, al salir los sitiados al encuentro de un convoy de socorro que venía de Melilla, se reprodujo el formidable ataque moro y Margallo cayó muerto de un balazo.

Aquel desastre enardeció a la opinión pública. El Gobierno decidió enviar un Ejército Expedicionario —al que por decreto del 28 de octubre, se le concedió franquicia postal— y como todas las regiones rivalizaban en entusiasmo patriótico, se acordó que lo formasen fuerzas procedentes de todas ellas. La gente aclamaba frenética a las tropas que partían, obsequiando a los soldados con flores, frutas, dulces, cigarrillos y cuanto tenían a mano; los convoyes eran saludados en cada estación por las poblaciones en masa, empeñadas en aplaudir y agasajar a la tropa, y en este ambiente de exaltación patriótica y triunfalista, un industrial de Alcoy —don Miguel Rodríguez Sánchez— hizo donación de 500.000 pliegos de papel y sobres y de unos sellos de franquicia, donde el escudo de España, custodiado por un extraño león bicéfalo, campeaba radiante entre banderas y laureles. El dibujo de estos sellos fue aprobado previamente por el Mando militar de Melilla y a fines de noviembre se recibieron allí los primeros pliegos.

Realmente tales estampillas eran innecesarias, pues, hasta su aparición, bastaba que las cartas llevasen la impronta del sello de caucho de la correspondiente unidad. Pero el mando militar comprendió que, entregando a cada soldado un número determinado de sellos por semana o mes, podría limitar la excesiva correspondencia y aún, para mejor control, se hicieron nuevos tipos con los nombres de los regimientos, los barcos o los fuertes, en número de cerca de cincuenta, despertando la indignación de los filatelistas, pero autorizados por el Gobierno Militar, según acta del 5 de diciembre de 1893, que lleva los modelos de los sellos adheridos, cuya fotografía puede verse en el número 549 de "Madrid Filatélico", correspondiente a abril de 1954. Estos sellos empezaron a circular en diciembre y estuvieron en uso hasta fines de abril de 1894.

Su valor histórico es innegable, constituyendo minúsculos documentos de época, que nos informan de un suceso bélico y de las fuerzas que en él intervinieron. Su legitimidad oficial está probada por el acta mencionada más arriba. Su empleo nadie lo niega y se les encuentra en profusión con los matasellos negros de fecha de Melilla o de Málaga con el ambulante de Granada o con el violeta de los cuerpos o unidades militares. Sólo tienen el pecado de su origen, no oficial, y de la falta de un control riguroso sobre los muchos pliegos que no se utilizaron, agravado por la existencia de errores, capicúas, variados tonos de color o impresiones en color distinto del normal.

Tal vez por ello, han estado hasta fecha muy reciente proscritos de los catálogos y cuando, al fin, algunos se decidieron a incluirlos, los metieron inadecuadamente entre los sellos marroquíes, a pesar del ESPAÑA - CORREOS que lucen en cabeza y de llevar el nombre de MELILLA, que fue ciudad española hasta la invasión musulmana de 711 y volvió a serlo desde su reconquista en 1497 por el Duque de Medina Sidonia. Sólo hace un par de años que figuran entre los sellos de España en el Catálogo EDIFIL, mientras Yvert persevera en su error de incluirlos en Marruecos.

De este medio centenar de sellos hay dos, multicolores, de uso general —en negro, rojo y amarillo y en azul, rojo y amarillo, dentados o sin dentar— con la fecha 1893, repartida en las esquinas, y otro dentado —negro, rojo y amarillo—, con fecha 1894. En ellos el escudo de España está cuartelado de castillos y leones, olvidando injustamente las armas de Navarra y Aragón, y, además, los leones de gules del escudo se hallan en campo de oro y no de plata, como debiera ser. Bajo el escudo está, pacíficamente echado, un extraño león con dos cabezas.

Los sellos de los regimientos, unicolores, de análogo diseño, forman tres grupos de color distinto: castaño, para los Regimientos de Infantería de Alava, Albuera, Asia, Borbón, Canarias y Constitución; azul, para los de Africa, Extremadura, Guipúzcoa, Infante, Luchana, Mallorca, Soria y la sección armada con los nuevos fusiles "Mauser"; rojo —con tonalidades que van del rojo naranja pálido al carmín oscuro—, para los Regimientos de Infantería de Granada, Pavía, Saboya, San Fernando, San Quintín, Toledo y Wad Ras; los de Cazadores de a pie de Barcelona, Cataluña, Cuba, Figueras, Puerto Rico, Segorbe y Tarifa; el de Caballería de Santiago y el Batallón Disciplinario.

El Yvert dice que cada color corresponde a un Cuerpo de Ejército. No hay tal cosa. Ya se comprenderá que no iban a estar en el mismo Cuerpo todos los Batallones de Cazadores y ninguno en los otros, y, además, allí no hubo Cuerpos de Ejército como es debido —teóricamente había dos— sino una horrible mezcla de regimientos, batallones o compañías sueltas, procedentes de las más diversas guarniciones, formando una masa de 20.000 hombres, con 30 generales, 28 coroneles y cerca de 300 jefes y oficiales, carentes de cohesión, de plan y de unidad de mando. No se crea tampoco que cada uno de los regimientos que figura en los sellos fue allá completo, pues muchos sólo enviaron una o dos compañías, como representación simbólica.

Se hicieron unos bonitos sellos bicolores para el Estado Mayor, Artillería, Ingenieros, Guardia Civil, Sanidad y Administración Militar, que —salvo el de Sanidad— llevan, en lugar del escudo o combinados con él, los emblemas de los Cuerpos respectivos, si bien en el de Ingenieros sustituyeron el tradicional castillo de plata por un pico, un hacha y una pala, tal vez como invitación a levantar con ellos el fuerte en litigio, y en el del Estado Mayor le pusieron seis puntas a la estrella, en lugar de cinco.

Siete sellos azules representando un barco, que no he podido identificar, llevan los nombres del "Isla de Luzón", "Isla de Cuba", "Alfonso XII", "Reina Mercedes", "Gerona", "Temerario" y "Venadito". Y por último siete sellos más, en castaño o sepia, se destinaron a los fuertes. En tres, los de Camellos, San Lorenzo y Cabrerizas Bajas, figura el torreón circular de Camellos y en los otros dos, Rostrogordo y Cabrerizas Altas, aparece este último, rectangular y con torres en las esquinas.

La Guerra de Melilla de 1893 terminó sin pena ni gloria. Aquellos 20.000 hombres jamás atacaron, y más valió así, pues, desorganizados y mal armados, quizá hubieran ido a un desastre. Se entablaron negociaciones; el Ejército Expedicionario recibió orden de volver a embarcar hacia sus cuarteles, con gran alivio de la Intendencia y de la Sanidad, que se las veían negras para atenderlos; se firmó la paz y quedó cancelado el más insignificante episodio bélico de nuestra Historia del siglo XIX, que, por obra y gracia del donativo del Sr. Rodríguez, es el que más rastro ha dejado en nuestras colecciones filatélicas.

ANTONIO ALCALÁ LÓPEZ